



**Carlos Franz**

## **Jeremy Bentham y la cárcel perfecta**

Si viene a Londres hágale una visita a la momia de Jeremy Bentham. Lo encontrará muy sonriente, con su sombrero y su bastón, mirando con picardía a las estudiantes desde su vitrina en un hall del University College. Al morir, el filósofo Jeremy Bentham (1748-1832), padre del «Utilitarismo», dispuso que su cuerpo embalsamado y vestido con su propia ropa, quedara en la universidad. (Supongo que, fiel a su doctrina, quiso ahorrarles el gasto de una estatua). Desgraciadamente, la cabeza de Jeremy se anduvo pudriendo, así que tuvieron que reemplazarla con otra de cera y guardar la original en la caja fuerte. A tiempo, porque los estudiantes habían tomado la costumbre de robársela y jugar al fútbol con ella. Bentham fue mundialmente famoso en su época. Fue filósofo, jurista, seguidor de Adam Smith y maestro de David Ricardo, los padres de la economía contemporánea. Francia lo hizo ciudadano honorífico, lo que no le privó de asesorar a otros gobiernos europeos y americanos. (Algo parecido a un economista del FMI, hoy día; pero infinitamente más divertido). Fue Bentham quien asoció indeleblemente la felicidad al principio de utilidad. «La mayor cantidad de felicidad para el mayor número de gente», fue su divisa. Y hasta quiso calcularla, concibió la idea de un «felicific calculus» (tristemente, no le cuadraron las sumas). Pero Jeremy no sólo se ocupaba en calcular la felicidad, también se dio

tiempo de proponer reformas políticas para conseguirla (todo economista sueña con que le presten las políticas públicas para jugar un ratito con ellas). El más notable, y revolucionario de sus proyectos, es el Panopti6n (1787). En el pr6logo, Bentham declara sus objetivos: «Reformar la moral, preservar la salud, vigorizar la industria, difundir la instrucci6n, aliviar los gastos p6blicos... y todo mediante una simple idea en Arquitectura!». Supongo que el lector curioso estar6 ardiendo de impaciencia. ¿Cu6l habr6 sido esa simple y genial idea para mejorar el mundo? Pues f6cil: una c6rcel. ¡La c6rcel perfecta!

El Panopti6n ser6a un edificio redondo, compuesto de innumerables celdas solitarias, provistas de grandes ventanas enrejadas, todas las cuales podr6an ser vigiladas por un solo guardi6n atisbando desde una torre en el centro del c6rculo. Esencial en la idea (como lo not6 Foucault), es que el guardi6n podr6a ver a los reclusos pero estos no a 6l. Siendo Jeremy un economista utilitario, la gracia era rentabilizar el concepto, as6 que no se limit6 a proponerlo para penitenciarias. Tambi6n afirm6 que ser6a: «aplicable a industrias, asilos de pobres, lazaretos, hospitales, manicomios, y escuelas».

El cap6tulo XXI, referido a los colegios, es particularmente sabroso. En 6l, Jeremy Bentham recomienda su sistema no s6lo para vigilar que los ni6os estudien, sino especialmente para cautelar la virginidad de las ni6as. «Que grandes ventajas se podr6an obtener estableciendo un internado para jovencitas dise6ado conforme a este plan», exclama, encandilado por las rentabilidades. ¡A la c6rcel con las v6rgenes! Las estoy viendo a cada una en su celdilla, observadas d6a y noche por el ojo invisible del Gran Panopti6n. Mientras los estudiantes, encerrados en las suyas, y privados de acceso a las v6rgenes, quedar6an obligados a lo que m6s detestan: estudiar.

Junto con sus aspectos c6micos, hay algo perturbador en esta «simple idea arquitect6nica» del antepasado de las econom6as utilitarias. Algo que evoca los laberintos -perfectamente racionales- de Borges, como la Biblioteca de Babel («El universo es... un n6mero indefinido, y tal vez infinito, de galer6as hexagonales, con vastos pozos de ventilaci6n en el medio, cercados por barandas baj6simas»). Y las Carceri d'Invenzione, en los dibujos de Piranesi. Y esos objetos de Escher, en los que una vez que la mirada entra ya no puede salir. Aberraciones de la l6gica cuyo territorio es la imaginaci6n y el arte y la literatura. Pero que cuando son propuestos para este mundo (para la vida cotidiana de los seres humanos), revelan la terrible intuici6n de Goya: «El sue6o de la raz6n produce monstruos».

Monstruos de la raz6n siniestros, como el campo modelo de Sachsenhausen, en las afueras de Berl6n, donde los nazis realizaron en parte el ideal Benthamiano. Un solo nido de ametralladoras en la torre pod6a barrer las calles radiales del campo. O monstruos m6s o menos benignos, como las «estaciones de trabajo», esos cub6culos -por no llamarlos celdillas- en los que laboran tantos oficinistas contempor6neos para ser mejor vigilados desde las ventanas del jefe. O los sistemas de circuito cerrado que nos esp6an cada vez en m6s sitios, bajo el sano pretexto de protegernos. Ahorro en guardias, optimizaci6n de los recursos, rentabilidades idealizadas por el an6lisis costo-beneficio (del cual Bentham es uno de

los precursores). Y, sin embargo, hay un extremo en el cual, de tan económica, esta racionalidad se abraza con la fantasía (y por allí entra en el delirio).

Es probable que uno de los pocos recursos humanos que nos ayuden a dar una alerta temprana sobre los monstruos -propios y ajenos- engendrados por la razón económica, sea el humor. Sería imperdonable no percibir el toque de humor británico, de auto-ironía, en la «simple idea arquitectónica» de Bentham. Aunque la gracia -y el riesgo- de este humor, consista en proponerlo seriamente. De hecho, Jeremy luchó toda su vida por lograr que su Panopticon fuera adoptado por el gobierno. Y tan en serio lo tomaban, que en 1813 le pagaron suculentas 23.000 libras como compensación, ¡por no aplicarlo! Los políticos británicos tienden a intuir que no todo lo utilitario es útil (o humano).

Pero no es tan así en otras latitudes. Por ejemplo, me cuesta creer que Jeremy no haya percibido las potencialidades de un Panopticon Latinoamericano, cuando hacia 1810 reunía en su casa de Londres a Simón Bolívar, Francisco de Miranda y Andrés Bello, entre otros. ¿Cómo no imaginar a Jeremy asesorándolos acerca de las virtudes de la economía utilitaria, y la codificación legal (que Bello llevaría a cabo en Chile), y de pasadita tratando de venderles su proyecto de vigilancia rentabilizada para aplicarse en las futuras repúblicas Sudamericanas? Sospecho que el Panopticon aún tendría adeptos entusiastas en América Latina. Al fin y al cabo, somos herederos de la tradición contra-reformista y barroca, del centralismo hispánico, del absolutismo del caudillo. ¿Qué no daría uno de nuestros doctores Francia, de ayer o de hoy, por un Panopticon general que le permitiera vigilar y sujetar a nuestro espíritu de revuelta? O al menos controlar a nuestros estudiantes y nuestras vírgenes. Quién sabe, tal vez el plan ya se esté retomando, en Washington o Bruselas, para venderlo a nuestros Ministerios de Educación (tampoco sería la primera reforma educativa que importamos «llave en mano»). Imagino a un Jeremy contemporáneo (en la reunión del FMI correspondiente), manipulando estadísticas con un power point, y diciendo: «Señores Ministros, anímense, el proyecto es barato, el riesgo es bajo, y vuestros índices educativos no pueden empeorar. (Y además, recuerden lo mejor: las vírgenes latinoamericanas tendrían una sola manera de evitar la cárcel: desvirgarse...)».

¡Que alegría le daríamos a Jeremy! En mi última visita lo noté preocupado. Los estudiantes, a los que él habría querido vigilados, y alejados de las vírgenes, rodeaban su vitrina. Algunos observaban la noble cabeza -que soñó mejorar el mundo inventando una cárcel perfecta-, mientras hablaban de un próximo partido de fútbol. Me pareció que Jeremy palidecía.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

